

realidad objetiva» (40). Problemas de la vida: el evolucionismo de los organismos (41), la vitalidad de los virus (42).

El mismo Pío XII ante el Congreso Tomístico Internacional, que se propone el tema filosófico-científico, no puede menos de tomar la delantera a los congresistas, y proponer en su alocución —modelo de ensayo de esa síntesis— un examen pormenorizado de los aspectos científico y filosófico correspondientes a tres problemas candentes: el de la estructura íntima de la materia, el del indeterminismo y la causalidad, y el de las relaciones entre materia y energía. Muestra en esos ejemplos concretos cómo los problemas científicos «reciben de los principios ciertos de la *Filosofía perenne* una luz a la que los mismos filósofos quizás no miraban, y menos podían esperarla tan continua e intensa» (43).

Recopilemos nuestro florilegio en estas frases, las últimas que Pío XII allí mismo ha pronunciado sobre las relaciones filosófico-científicas: «Todo camino del saber tiene sus propias e inconfundibles características y debe operar oportuna y distintamente de los otros, pero esto no significa que deban ignorarse recíprocamente. Sólo de una mutua comprensión y colaboración puede nacer el gran edificio del humano saber que se armoniza con las luces superiores de la divina sabiduría» (44).

Comprensión y colaboración. Aquellos tiempos en que una sola cabeza era capaz de anudar los cabos del humano saber y aun de la luz divina, pasaron para siempre. Pero si hoy nos faltan los genios de un Aristóteles, de un Alberto o de un Tomás, a la mano tenemos suplir —a lo «mundo nuevo»— la unidad intelectual humana por la uridad de un equipo internacional en que trabajen selección de especialistas comprensivos y conscientes de sus deberes mutuos.

Manuel GARCÍA DONCEL, S. I.
Licenciado en Filosofía.

- (40) AAS, 1943, 70.
(41) AAS, 1953, 604.
(42) AAS, 1953, 668-669.
(43) AAS, 1955, 684.
(44) AAS, 1955, 691.

Para la inscripción tumular de Ortega

por J. Mitterndorf

En el cementerio.

A la margen derecha del Manzanares, a una altura que aproximadamente será la del asiento de la ciudad de Madrid, entre los puentes de Segovia y Toledo, dando vista al Guadarrama y al Escorial, en humilde tumba que no levanta un palmo del suelo, descansa el filósofo desde el 19 de octubre último. No podía pretender él emplazamiento mejor. Unico detalle que pasó desapercibido a sus familiares es el de la posición del cadáver que debió ser la inversa, mirando más bien a la Sierra, a la ciudad y al río que le fueron tan queridos. Bien así como Chateaubriand en Saint Malo que está cara al mar, o si se quiere, de pie, como era costumbre colocar a los luchadores y fué la postura escogida por Clemenceau para su último descanso.

Pero no hurguemos demasiado en estos detalles, que al fin Ortega era poco romántico. Sabemos que el sitio está bien elegido porque allí estuvo antes enterrado su padre. Sabemos también que el ambiente velazquino de la campiña Carpeto-vetónica que llevaba en el corazón y en la inteligencia, le acompaña y penetra de parte a parte, se trasfunde en su sepulcro, le está descomponiendo en etereidad o en elementos atmosféricos, y quedan con eso colmadas sus aspiraciones. Uno de los mortales menos telúricos que se hayan conocido, será Ortega, y tiene que quedar diluido en esencial claridad.

Ayer tarde, 18 de junio, estuvimos los dos mano a mano, cara al cielo él y yo a la Sierra. Fué un encuentro sin testigos, tan silencioso que creía yo sentir el aleteo de los manes del difunto. Era su aniversario de mes como con mayor o menor propiedad de términos suele decirse, pues murió un 18. Manos piadosas habían dejado no mucho antes, acaso la víspera, un ramo de flores: claveles rojos, gladiolos amarillos con unas menudas y blancas gipsófilas. Estaban ya mustias cuando pasé por allí.

El cementerio de San Isidro, durante mi visita, era una soledad perfecta en la extensión de sus tres patios escalonados. Donde el culto a los camposantos es exiguo, nunca serán estos los pulcros jardines con bien trazadas calles que suelen verse en el Norte. Sin pretender hacerlos parques de recreo, se les puede muy bien hacer remansos de paz y de recogimiento piadoso. Bien está que se vistan de grama y de flores plazas y calles, estadios y estaciones de ferrocarril, pero sin olvidar las necrópolis.

En la parte baja, patio del Carmen, trabajarían media docena de operarios en la construcción de un panteón. Pasada la conserjería, subí la curva del patio de la Concepción, agradeciendo a los cipreses su sombra bienhechora. En la sección última, patio del Sacramento, por toda su espaciosa curva no se veía rastro de ser humano. Poco después, junto a la vivienda del guarda, apareció un señor, y más allá, hacia el lado izquierdo o meridional del semicírculo por donde empieza la galería cubierta, una señora ya mayor andaba atareada en adornar la sepultura de algún ser querido. Continué avanzando hacia aquel montón de tumbas, y al acercarme a la cerca —ya dije antes que por su parte más alta y lado sur—, cruzó un taxis y descendió por una cuesta que me parecía impracticable. Subí por ella, y me fuí acercando al punto, donde siguiendo las instrucciones que me habían dado, quería yo sentir la emoción de encontrarme con él y exclamar: ¡Aquí está! Efectivamente, a los veinte metros de la galería que limita en curva el camposanto, en su parte alta quiero repetirlo nuevamente, al aire libre, a ras del suelo donde los demás sepulcros están algo levantados, leía la siguiente inscripción:

JOSE ORTEGA Y GASET - *9 mayo de 1883 - † 18 octubre de 1955
Fuera del «corpus inscriptionis», abajo, se leía: PROVISIONAL.

Menos este PROVISIONAL, el resto me parecía, al principio al menos, conocido y rutinario. Me gustó con todo el laconismo de la lápida. Para qué gastar letras en describir lo que no necesita describirse, lo que está en la memoria de todos los españoles. En este sentido, acaso se vaya a abreviar aún la leyenda. Se llegará a decir ORTEGA y sólo ORTEGA, porque Ortega sólo hay uno.

Mientras así razonaba, tenía yo casi en frente, como indicara antes, la porción más histórica y monumental de la ciudad: palacio, Plaza de España, San Francisco, los bloques de la Gran Vía, los vetustos campanarios, y al pie, el Manzanares que susurraba su «lógos», replicándole la vieja universidad con los acentos platónicos que desgranara allí el insigne profesor en sus lecciones de antaño. Pero no era eso lo que más me impresionaba. Una atmósfera diáfana nos envolvía. Estábamos en el típico ambiente castellano. Sin la matización de color que tan propia es del norte, sin la gama cromática que la humedad del aire y el verdor de las frondas confieren allí a la luz, nos sentíamos esa tarde privilegiada disfrutando de la angélica dote de la sutileza. Apenas se sentía el cuerpo. La metafísica de la irrealdad del espacio que tan bien explanaran los pinceles de Velázquez, nos había ganado.

Como la mediación lumínica es la que mejor cuadra al heliófilo Ortega, la iba yo enhebrando en mi mente, inundado de luz y convertido en ser casi ingrátido. Pero había que volver a la ciudad e iniciar la bajada.

Este cementerio, me contó el señor que se me hizo encontradizo

antes. hace 17 años, era frente de batalla. Cada mausoleo era un fortín, y uno de ellos, más suntuoso, perteneciente a alta familia aristocrática, albergó al Estado mayor, habiéndose desalojado del local los cadáveres que contenía. Los panteones eran a veces nidos de ametralladoras, y la mansión de los muertos vivía jornadas de agitación con los soldados acampados en su recinto. El juego dialéctico que se entablaba entre los fusiles de la Casa de Campo y los del alto de este patio bendecido, se deja comprender, pero no estará demás que hablen de ello historiadores y filósofos. Me ha llamado la atención en los finales de Ortega, el que éste, morador en estos momentos de la necrópolis, haya dejado sin estudio lo de las últimas razones de aquella contienda, de sus hombres y su conducta. Oralmente ha dicho bastante al respecto, pero quisiéramos algo más directo y documental.

Me alejé de la tumba sencilla y humilde. Mi plegaria por el alma del filósofo quedaba allí flotando como también el signo de la Cruz que dibujé sobre sus restos.

Según avanzaba por la avenida de San Isidro —había ido en coche pero lo despedí al llegar allá—, mi fortuito acompañante, me fué relatando más escenas de cuando el campo santo era campo atrincherado, hasta con sus subterráneos de evacuación, chimeneas que salían por encima de los techos de los mausóleos, etc.

¡Esto se lo contaba a uno que tiene horror a oír relatos de guerra!

* * *

Primero de España y Quinto de Alemania.

Partiendo del hecho de la interinidad de la sepultura del pensador, habremos de apuntar algunas sugerencias en torno al epitafio que la vaya a adornar y hacerla gloriosa. Una cosa es la descripción de la persona, que en casos como el presente hemos dicho huelga, y otra su exaltación epigráfica. Newton, por ejemplo, tiene bajo su nombre esta bella sentencia latina: «Decus humani generis» (Ornato del linaje humano). Y Kant su frase más feliz: «Dos cosas me hablan de Dios, el cielo estrellado fuera de mí y la ley interior dentro de mí».

Y, ¿cuál es el epitafio excogitado para Ortega? En Alemania, éste un tanto conceptista y por demás significativo, sacado de los manuales de Historia: «Carlos primero de España y quinto de Alemania». Cuando el pensador se movía por las ciudades germanas y triunfaba con su verbo y gesto de taurómaco mental, para dar la medida de lo que era y no era, se pronunció la frase dicha. Ingeniosa desde luego, de picor epigramático. Examinémosla:

Según ella, posee Ortega alcurnia mental. Si quieres reinar, escribe; se dijo en la antigüedad. Y Bacon que había sido canciller del

reino y sabido lo que es gobernar, observa que el verdadero imperio es el de la pluma cuando se hace sentir en los espíritus. Quien conquistó a Egipto no fué la espada de Napoleón, sino la pluma de Champollion.

Anda pues comparado Ortega entre los alemanes no ya con los electores del imperio, sino con los césares mismos, dentro ya se entiende de la alteza mental o ideológica. Y en tal sentido, el Ortega de la segunda posguerra, indiscutiblemente, es «primero de España». Muerto Unamuno, desvaída la figura de Santayana al que apenas se le sabe ibérico, incorporado García Morente a una filosofía que por más científica es también menos personalista, y d'Ors en las delicias de una Capua sin enemigos a su lado, casi todos en el exilio, Ortega era «il campionissimo». Filósofo que hace política conformista nunca será máximo. Lo será acaso sin hacer ninguna, pero haciéndola en el sentido dicho no es posible. De esto se percató Ortega desde muy joven, militando siempre en la oposición, es cierto que no en cualquiera, sino en la que estuviera bien vista y abocada al triunfo.

Sobrepujaba pues a los filósofos de su tiempo, y no se diga a los no filósofos. Los literatos mandan en el gusto estético sin aspirar a dirigir las inteligencias, prerrogativa exclusiva de los pensadores recios.

Claro que este Ortega, «primero de España», para muchos lo es de su tiempo y de todos los tiempos. ¿Qué decir al respecto? Menéndez Pelayo es poco conocido en la Europa central, al menos entre las generaciones jóvenes. Algunos buenos hispanistas le habrán valorado, pero no trasciende a la masa. Más conocido fué en su día Donoso, que todavía ayer iba dando que hablar a Schramm. Balmes que tuvo el honor de andar traducido a varias lenguas cumplió una misión importante, colaborando al resurgir de la filosofía cristiana. Sanz del Río dejó huella profunda en los krausistas, hombres ejemplares después de todo. Tocante a Unamuno hay que distinguir. Este traía un mensaje que interesa: el de la idiosincrasia hispánica con una religiosidad conmocionada, mística, y unos idealismos en pugna con la realidad de las cosas. No así Ortega, portador en «bumerang» de una interpretación de Europa. Más que enseñar cómo era España, enseñó cómo era Europa. Lo cual resultaba una restitución al menos respecto a Alemania, con el interés del detalle orteguiano si se quiere, pero sin llegar a un ser de totalidad o sustantivo.

Y, ¿qué quiere decir «quinto de Alemania»? Que todavía hay clases de pueblos. Que los racismos mentales no han desaparecido. «Doctor romanus, asinus germanus» es un aserto tan antiguo como Lutero.

Con razón o sin ella, los teutones se sienten en la cúspide de la intelectualidad, y no es fácil concedan que en estos últimos siglos se les haya sobrepuesto talento filosófico alguno. A quien lo sea, le recibirán con todos los honores, porque nunca han sido exclusivistas, antes al contrario, han sabido descubrir valores que eran desconoci-

dos a sus propios connacionales; pero difícilmente le dirán «primero». En esto, el orgullo colectivo tiene sus fueros y apreciaciones, y no se deja traer como el individual a moderación y a conveniencias sociales. Ni la raza eslava, ni la mediterránea, ni siquiera la dinárica o subalpina será acreedora a tales primacías. A quien sea miembro de ellas le harán el cumplido de decirle que tiene algo de su educación o de su sangre, según lo demuestra su ideología o el color de sus ojos y la tez de su rostro, pero no mucho más. Al latino además le concederán gusto artístico, oído exquisito, pupila privilegiada, expresión fácil y graciosa para lo que tienen el término del latín antiguo «suada», pero, ¿preeminencia intelectual?

Es así como hay que examinar el epitafio que nos ocupa. Pero, así y todo, es mucho decir que Ortega fuera «quinto de Alemania». Este «quinto» se ha hecho sentir en ella, anda citado en su pensamiento y en sus libros, reproducido en sus páginas gráficas, alguna vez al lado del presidente federal, junto al propio Heidegger, por ejemplo en «El Coloquio de Darmstadt (1951). Es premio Goethe, lleva el nombre de guerra de «pequeño Nietzsche», se le hizo una edición de sus obras completas en Stuttgart, y los jóvenes universitarios se agolpaban a las puertas de los salones cuando hablaba en Hamburgo, Munich, Bonn, Francfort. No he podido verificar que se hayan escrito quince tesis doctorales sobre Ortega, como dice Revista de Educación de Madrid (XII-55). Pero que, entre otros cinco o diez disertantes más, se ha hecho oír, es indiscutible. ¿Por sola curiosidad? ¿Porque traía aires de oposición a una manera de ser religiosa y política de los suyos? Se ha contado en Munich, que en una reunión de sociedad coincidía el filósofo con la viuda de Vossler, quien hubo de aludir a la fama de católicos de los españoles. A lo que repuso el pensador: Así como así va eso conmigo. Anécdotas semejantes pueden no faltar, pero el valor de Ortega no dependía de sus disconformismos.

Al venir Ortega, en la siempre problemática Alemania interesaban dos cosas: arquitectos y siquiátras. Destruídas las ciudades y desmoronados los espíritus, apenas se creía en el porvenir de la cultura. Y fué mérito de Ortega que pudo intervenir en la tarea de levantar los ánimos. Se había especializado en el tema Europa y en el valor cultural de la técnica, es decir, lo que se pedía a los arquitectos y a los siquiátras de entonces, y se puso a reanimar a unos y otros. En contra de los derrotismos existencialistas que hablaban del hombre como del gran absurdo, se puso del lado de Adenauer y de su política constructivista. Lástima que no todos los optimismos del político rhenano hubieran podido trasfundirse siempre en su espíritu. Le faltó porosidad para absorber como «el viejo» los que provenían del cristianismo. Dio más en este aspecto «María Laach» a Adenauer que El Escorial a Ortega. Abadía por abadía, resultó más fecunda la medieval benedictina que la jerónima moderna.

¿Había originalidad en él? En la forma siempre, y en el contenido muchas veces. Ortega no repetía a nadie. Lo que decía, era siempre suyo. En su tauromaquia mental saludaba los temas más espinosos con gracioso quiebro, y envueltos en los pliegues del capote los agitaba —«agitatio taurorum» decían los romanos— con mente ágil y clara. En esto sí que era español, era la personificación del toro ibérico de los geógrafos griegos. La idolatría de la frase no es alemana, pero cuando los alemanes la ven acompañada de sentido, la admiten y la celebran. Por eso repiten muchas de Ortega, a veces reconociendo que son barrocas, por ejemplo las del final del «Velázquez» alemán (1943). El prof. Steiger de Suiza ha analizado el barroquismo de Ortega pero sin dejar de admirarlo.

Reinó según eso Ortega en Alemania, como «quinto» si se quiere, pero suponiendo lo suyo. Se le vió adelantarse a la luz de las candelas entre Heidegger y Jaspers y no se diga Curtius. Se ha dicho por ahí que el prof. E. Meyer de Gottinga al registrar en su curso de invierno de 1955-6 las metafísicas hoy vigentes con sus respectivos fundadores, hace caso omiso de Ortega. No cree dicho profesor que tenga éste cabida ni en la metafísica del ser —por supuesto—, ni en la del espíritu con Descartes y Hegel, ni en la de la coexistencia o presencia con Husserl y Heidegger. En cambio, otro hay, y es suramericano, que está preparando una tesis doctoral creo que con el prof. Wenzl de Munich, en que habla de aportes de Ortega en la teoría histórica. Según dicho señor, el «quinto de Alemania» completa a Dilthey, de modo que la razón histórica propuesta por él, razón no desgajada de la historia sino inserta en ella y propia de ella, añada ingredientes de luz con que se esclarecen y jerarquizan los vitalismos, feroces a veces, que mandan en la marcha de la historia, convirtiéndolos en cultura y «espíritu». Tendríamos con eso lo que tantas veces afirmó Ortega, haber completado y hecho avanzar doctrinas de Dilthey.

Coincidencia notable: El gran amigo de Ortega, Ernst Robert Curtius caía herido de muerte al mismo tiempo que Ortega. Como buen romanista, Curtius se fué a Italia a prolongar su existencia amenazada. Pero a los seis meses de haber muerto aquél, moría también él. Han desaparecido pues juntos estos dos hermanos de Goethe, verdaderos Niso y Eurialo. Cuando «La Rebelión de las Masas» estaba en su apogeo, publicó Curtius su estudio «La Cultura alemana en peligro». Ambos libros lucieron juntos en los escaparates, aunque no tuvieran idénticos puntos de vista. Ambos pensadores se dieron cita en Madrid, 1934, y Curtius, presentado por Ortega, disertó sobre Garcilaso. No sé con qué éxito, pues evidentemente no era España el fuerte de Curtius. Eranlo más bien Balzac, Proust, Barrès, la cultura francesa.

* * *

Ortega, el Alpha y Omega.

He aquí el segundo epitafio que anda inquietando a los manes del difunto. Como se ve, no es ya histórico, extraído de los manuales de Historia, sino dogmático, acaso mejor escriturístico. Está tomado de las conocidísimas palabras del Apocalipsis, y quiere testificar que en filosofía Ortega es «el Alpha y Omega», lo terminal de las teorías todas metafísicas u ontológicas. Anoto de paso que el nombre Ortega tiene etimología helénica, viene de «ortyx-ortygos», ave y planta bien conocidas. El epitafio de consiguiente en nada pecaría de híbrido.

El primero en hablar de esta fase terminal de la filosofía en Ortega, fué él, cuando declarara que el pensamiento le debía un viraje sin precedentes, el de la afirmación de la coexistencia del yo y de la circunstancia del yo, es decir, un punto de partida que se distingue por igual de los objetivismos tradicionales y de los subjetivismos ideales, integrando sujeto y objeto, cosa y yo, en su noción de lo real. De los tipos de metafísica que se catalogan por ahí, el tercero; lo terminal, en una palabra. Tan poseído estaba Ortega de este su colónico descubrimiento, que se ofendía de que no pararan mientes en él quienes por otra parte se daban por admiradores suyos. Para hacerlo más creíble llegó incluso a rodearle de aparato estadístico.

Según Oswald, el eminente físico, las grandes genialidades científicas tienen lugar cuando el inventor está saliendo de la primera juventud, a los 23 años próximamente. Oswald corrobora su aserto con una lista de personajes que en esa edad iniciaron sus magnos inventos. En la lista de Oswald no está Einstein, que como se sabe saca verdadera la ley dicha. Ortega por su parte y cuenta, habla de esa misma o muy parecida ley, y veladamente se supone incurso en ella como autor o inventor de la coexistencia criteriológica u ontológica.

Si pues la teoría de que lo real no es cosa sola ni sujeto solo, sino vivir y coexistir con nosotros y con las cosas, se dictó a los 27 años de la vida de Ortega, queda solo buscarle una frase que la consagre, diciendo por ejemplo: «Ortega, el Alpha y Omega» de la filosofía. Hasta parece que la helénica expresión estuviera predestinada para, rodando siglos y milenios, encontrarse con el que consonaba tan bien con ella, esto es, con nuestro pensador.

Lo que precede en manera alguna implicaría el cierre o término del ciclo del pensamiento humano. Nadie ha supuesto tal cosa y menos Ortega. Ortega puede ser orto u origen, pero no la órbita completa del pensamiento, las derivaciones del mismo, las que nunca se dejan encerrar ni siquiera predecir. ¡A quién se le va a ocurrir hoy desertar de las filosofías abiertas! El propio Kant, cuando quería imponer cauces a la metafísica del porvenir, se guardó bien de su-

poner que tenía en la mano su proyección y desarrollo. Todo lo más, un punto de arranque, las condiciones primeras, el ancho dentro del cual tenía ella que moverse en el futuro. No puede darse otro significado a la noción de terminal en el caso de Ortega.

Ortega es Orto, digámoslo con la armonía imitativa tan del gusto del estilo alemán de hoy. Así lo han dicho ya algunos de sus glosadores. En 1929, a propósito del celebrado curso extra-universitario, se afirmó que el eje de la cultura gravitaba sobre Madrid, y en Madrid sobre la frente de Ortega. El autor de la frase es García Morente, quien hizo creer al público que, efectivamente, en la sala Rex donde disertaba el pensador tenía lugar una Pentecostés filosófica.

Siguiéronle naturalmente otras voces más, y el juicio fué tomando cuerpo y también matización, siempre claro está en el sentido de ser Ortega el pensador cumbre, la primera intelectualidad de su tiempo, la que no se sabe lo que vale hasta el momento fatal en que se le ve desaparecer del horizonte. Y como efectivamente un día hubo de desaparecer de él, cosa que les ocurre a todos los astros, nos entretejieron frases que venían a consagrar el epitafio anónimo que comentamos. Fueron notas necrológicas en que nos aseguraban sus firmantes que el luminar mayor del firmamento de la filosofía se había oscurecido. Se había llegado al clima «alpha-oméguico».

Semejante exaltación tenía su razón de ser. Yo la encontré contrarrestada en algo con el retrato de Ortega que esos mismos días de octubre daba la revista «Hochland» de Munich, con el pensador de cuerpo entero, es decir, con su aspecto religioso negativista no silenciado, sino debidamente definido. Este artículo, de información amplia y múltiple, de gran visión de conjunto —escrito por supuesto antes de la muerte de Ortega—, me pareció el colmo de la lealtad. Era una crítica de Ortega con Ortega dentro, esto es, sin disimular, por respetos mal entendidos o por razones inconfesables, su auténtico ser y pensar, la fisonomía «religiosa» que se labró él para sí y quiso valiera para sí y para los demás. Atendí también a la crítica post-obitua que en Madrid y fuera de Madrid fué publicándose en torno al profesor. Alguna me pareció de voz engolada y enfática, casi de principiantes. Otra de angostos horizontes, que apenas sabía lo que pasa por esos mundos del pensamiento. Las hubo de fuertes embestidas contra los que echaban granitos de solimán en sus reseñas y juicios, bonita manera de ocultar que se tiene muy poco nuevo que decir. No faltó la objetiva y calibradora, aunque si he de decir la verdad, carente del humor y la chispa que en su prosa solía poner el maestro.

A mi modo de ver, en el horizonte filosófico de Europa, en lo que va de siglo, hay tres novedades bien registradas: la «durée» de Bergson, la «libido» de Freud, el «existencial» de Heidegger. El resto, hasta ahora al menos, es matiz o satélite que gira en torno a cualquiera de los tres conceptos dichos. Decimos hasta ahora, porque hablamos de filosofías socialmente válidas, no de las que debieron o

podrán serlo alguna vez. Ojalá que, en su día, surja, póstuma, la cuarta novedad que tenga por autor a Ortega. Sigo creyendo que lo verdaderamente valioso en Ortega es lo que ha dicho en torno al sentido histórico. Lo que ha dicho; no lo que ha inventado, pues el concepto como tal es invención del siglo XIX. Hans Meyer de Wurzburg, en su gran historia (cinco volúmenes) nombra a Ortega entre los historiósosofos.

* * *

No he terminado. Mejor dicho, he terminado lo de tono profesoral y serio, siendo lo que sigue nota apendicular de tono festivo.

Los suizos no tienen imaginación, se lo tengo oído a un eximio hijo de Guillermo Tell, pero hacen buenos relojes, los mejores que se conocen. Un reloj es un artefacto que mide el curso de los astros, y puede ser tan bueno, tan exacto, que sea el sol el que se someta a él, preso de la rueda catalina y otras diminutas ruedas de los talleres de Biene o la Chaux-le-Fonds.

Pues bien, entre los relojes de marca que tienen los helvéticos, figura uno que es la precisión misma, cronómetro por otro nombre, un super-reloj. Tiene grabada en la tapa la cúpula hendida de un observatorio, y puede usted fiarse de él tanto como del observatorio real y verdadero de Neuchâtel o si gusta más de Greenwich. Lo llaman por la última letra del abecedario heleno, y efectivamente tiene algo de terminal, porque en materia de relojes es «le dernier cri».

Ahora, si a este artefacto de medición del tiempo lo hacemos rimar con el nombre de nuestro filósofo, nos da una ecuación: *Ortega es un buen Omega*, que puede servir de módulo de apreciación en nuestro caso.

Ortega ha servido para tomar la altura de los tiempos, examinar la crisis cultural que atravesamos, siendo consultado por políticos y por cuantos necesitan estar bien orientados sobre las señales de la época. Ortega es un europeo de la línea de Goethe, es decir, un humanista. En punto a historiosofía y culturalismo puede entrar en parangón con los mejores de hoy. Sus sentencias, observaciones, teorías sobre el ser de la filosofía, de la historia, del deporte, de la técnica, del amor, de la política, pervivirán tanto como el buen decir y el fino saber. Por él se han emitido sentires y decires que tienen sabor de algo original, «olor a madera nueva recién cortada», que dijera Schiller.

Claro que todavía debe ser estudiado, y no sólo desde el punto de vista de los dogmatismos, sino de los problematismos, de la sistemática como de la historia de la filosofía, del pensar antiguo lo mismo que del moderno, haciendo hablar a alemanes y franceses, americanos y europeos, en gran visión complexiva, dando la totalidad

de su ser, «con él dentro» según se ha dicho, sin omitir aspectos que a algunos les resultan incómodos, pero que al ser suyos han de respetarse como su persona misma, no deben ser ni omitidos ni tergiversados. Todo ello en forma de crítica vivaz y movida, única que a él le hubiera gustado. Anda escrito por ahí, que un pueblo que no admite crítica, no tiene humor. Pudiera ser también verdadera la recíproca, a saber, que cuando no hay humor, se desconoce la crítica propiamente dicha yéndose la pluma por las vías fáciles del elogio o de la embestida.

No exagerar según eso. Mucho sentido de la medida. Aceptemos un epitafio que pueda resistir la losa que le cubre, que no le haga rendirse a su peso con el consiguiente desconcierto y molestia para el sagrado depósito que reposa dentro.

J. M.

El indeterminismo físico y la noción filosófica de causalidad

En 1955 se publicaron en Suiza los cinco volúmenes de las Actas del Segundo Congreso Internacional de la Unión Internacional de Filosofía de las Ciencias, de Zürich.

Centrado el primer volumen en las Sesiones Plenarias y exposiciones generales, aborda el segundo la Física y las Matemáticas, para consagrarse el tercero a la Teoría del Conocimiento y lingüística, mientras que el cuarto recoge los trabajos referentes a Filosofía y Ciencias e Historia de la Filosofía y el quinto y último volumen las comunicaciones de Sociología y Psicología.

Sólo hay un trabajo presentado en lengua española, que es el del P. Juan Roig Gironella, S. I., que ocupa el tomo segundo, sobre Física, páginas 82 a 85 (pues la comunicación de otro español, Rdo. Padre Jesús Muñoz Pérez-Vizcaino, se halla en el tomo IV y está redactada en francés, sobre si la investigación científica presupone o no principios filosóficos).

Confianto en que interesará a algunos lectores una breve exposición sobre asunto tan debatido hoy día como es la cuestión del Indeterminismo físico y la causalidad, reproducimos la comunicación del Rdo. P. Juan Roig Gironella, la cual, si bien ciñe la exposición del tema al corto número de páginas que conceden las Actas del Congreso, no obstante precisamente por esto tiene la ventaja de hacer destacar más las líneas directrices del planteamiento y solución del problema mencionado.

* * *

I. — Aparición del indeterminismo

La noción de «indeterminismo», parecía totalmente opuesta al ideal que sobre la ciencia y sobre la necesidad de la materia se habían formado científicos y filósofos en el siglo XIX; mentalidad que todavía perduraba a principios del siglo actual.

La noción de causalidad suena a «determinación»; si, pues, hay «indeterminación», en las leyes del microcosmos, ¿no diremos que en ellas no hay causalidad?